

Autor. Loïc Wacquant

Retratos Etnográficos De Violencias Urbanas

No se puede jugar con la ley de la conservación de la violencia: toda la violencia se paga y, por ejemplo, la violencia estructural ejercida por los mercados financieros, en la forma de despidos, pérdida de seguridad, etc., se ve equiparada, más tarde o más temprano, en forma de suicidios, crimen y delincuencia, adicción a las drogas, alcoholismo, un sinnúmero de pequeños y grandes actos de violencia cotidiana.

PIERRE BOURDIEU

1

Durante buena parte de la década del ochenta y del noventa, la imaginación crítica y la literatura sociológica adoptaron, tanto en Estados Unidos (Wolfe, 1987; Castells y Mollenkopf, 1991) como en la Argentina (Sarlo, 1996; O'Donnell, 1997), la metáfora de la ciudad dual para describir los efectos que la polarización económica ha tenido y tiene en la geografía y ecología urbanas. A pesar de sus muchas limitaciones empíricas y conceptuales, la imagen de una ciudad dual y fracturada (o, como sugiere O'Donnell, un "país dual") tiene la virtud de dirigir nuestra atención hacia las nuevas desigualdades que, provocadas en parte por la eliminación de miles de puestos de trabajo y por la retirada del Estado en función de welfare, no sólo caracterizan a las ciudades postindustriales como Nueva York o Chicago sino también a las ciudades del antes llamado "Tercer Mundo", como Buenos Aires.

Durante las dos últimas décadas del pasado milenio, Buenos Aires —de manera análoga a ciudades del norte avanzado— ha sido testigo del simultáneo florecimiento de la opulencia y la indigencia, la abundancia y la miseria. En la Argentina, así como en el resto de Latinoamérica, a estos crecientes extremos de pobreza y riqueza se suman la multiplicación de las desigualdades entre las cada vez más extensas metrópolis, las pequeñas ciudades y los pueblos rurales.

En Parias urbanos, Loïc Wacquant examina las causas de esta creciente desigualdad y marginación, y las formas que éstas adquieren no sólo en el espacio urbano sino también en las experiencias de los relegados, centrando su atención en las sociedades del capitalismo avanzado, fundamentalmente en Estados Unidos y Francia. El libro no sólo es una mirada original a estos procesos sino que también nos provee de un conjunto de claves analíticas para pensar las causas, el funcionamiento y las consecuencias de la desigualdad y la marginación social en nuestra sociedad. En la primera parte de esta introducción presentaré un conjunto de retratos etnográficos que condensan parte de la problemática que este libro nos ayuda a repensar. La segunda parte expone algunas de las claves analíticas que Parias urbanos nos permite construir para reflexionar sobre las villas miseria y otros enclaves de pobreza que continúan expandiéndose y deteriorándose en la Argentina.

2

La lujosa riqueza de una burguesía presuntamente cosmopolita le da a Buenos Aires la apariencia de otras ciudades globales. En la escenografía urbana se multiplican, para citar a Saskia Sassen (1991. pág. 9), “restaurantes caros, casas de lujo, hoteles de lujo, tiendas gourmet, boutiques, lavadoras a seco francesas,” a lo que podríamos agregar los opulentos shoppings y los suntuarios desarrollos de Puerto Madero. En esos shoppings, los consumidores porteños tienen acceso ilimitado a productos “globales,” desde carteras Pierre Cardin a zapatillas Nike, presumiblemente fabricados en el norte (Made in Paris o Made in USA).

Desde el shopping Alto Palermo, lleva una hora y media y dos colectivos repletos para llegar a Villa Paraíso, localizada a orillas del Riachuelo, en el Gran Buenos Aires. Paraíso (como la llaman sus habitantes, evitando el prefijo estigmatizante de “villa”) es una de las villas más viejas y más pobladas de la zona metropolitana. Más de la mitad de sus habitantes tienen “necesidades básicas insatisfechas” (son lo que los estudiosos de la pobreza llaman “pobres estructurales”), y aproximadamente el 75 por ciento tiene ingresos por debajo de la línea oficial de pobreza. El desempleo es su característica definitoria más importante. En la actualidad, el 62 por ciento de la población de entre dieciocho y sesenta años está desempleada o subempleada. El desempleo permanente es generalizado: más de la mitad de los desempleados no han tenido trabajo durante doce meses consecutivos. Algunos de esos desempleados recurren a empleos temporarios y/o varias actividades del “sector informal” como fuente del siempre escaso ingreso. Otros, dependen de su trabajo en talleres familiares, talleres que, junto a las llamadas “industrias de enclave”, han florecido y se han dispersado por todo el mundo subdesarrollado (Sassen, 1998). Rosa y sus dos hermanos trabajan en uno de esos talleres fabricando carteras Pierre Cardin. Trabajan para una fábrica que los provee de materiales, de los moldes y de las etiquetas que dicen “Made in Paris.” “Pierre Cardin hecho en Paraíso”, me cuentan con cierto humor cuando les pregunto si en realidad colocan esas etiquetas en las carteras. “¿Ves, acá? ‘Made in Paris’. La gente las compra y cree que vienen de París.” En el shopping Alto Palermo, esas carteras valían, cuando entrevisté a Rosa y a sus hermanos, alrededor de 150 dólares. Ellos, a quienes ocasionalmente se les suma su madre durante la jornada laboral de catorce horas, reciben aproximadamente diez dólares por cada cartera, dependiendo del tamaño y del tiempo requerido para armarla. Hace dos años, solían obtener 700 dólares cada dos semanas; por razones que ellos no pueden explicar pero que tienen que ver con la creciente cantidad de productores “en negro” dispuestos a trabajar por salarios ínfimos, ahora logran acumular 800 dólares al mes. Estos ingresos ubican a su familia de ocho miembros por debajo de la línea de pobreza y del valor oficial de la canasta familiar. No reciben seguro médico ni tienen obra social de su empleador, a quien constantemente solicitan más trabajo o más pago por pieza, y con quien frecuentemente están en serias disputas por pagos fuera de término. La última vez que conversé con ellos, acababan de recibir de su empleador un billete de cien dólares falso. En la situación extremadamente precaria en la que se encuentran, lo más que pueden hacer es estar alerta a este tipo de “avivadas.” “Hay que estar despierto, todo el mundo te quiere joder”, dijeron cuando nos despedíamos.

Aun en su extrema vulnerabilidad, Rosa y sus hermanos pueden considerarse personas con suerte. Otros talleres que dependen de la demanda de la población villera han desaparecido tan rápido como surgieron, muchos de ellos con la asistencia financiera del Estado.

Autor. Loïc Wacquant

Gracias a sus contactos con “punteros” del Partido Justicialista, Lucía y Nelly fueron invitadas a formar parte de un micro-emprendimiento productivo del Plan País, programa financiado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Con la intención originaria de “fortalecer la organización comunitaria”, este plan distribuyó pequeños subsidios monetarios a los efectos de asistir a grupos locales en el desarrollo de cierta línea de producción. Lucía y Nelly comenzaron a producir muñecos para ser vendidos en Paraíso. Luego de un breve periodo de inicial entusiasmo, se dieron cuenta de que su modo de producción artesanal no iba a poder competir contra los mucho más baratos muñecos importados. Recordando los efectos de la “apertura modernizadora” de la economía argentina, y de los bien intencionados –pero, en última instancia, frustrados– esfuerzos de la (disminuida y crecientemente torpe) “mano izquierda del Estado”, Lucía me comentó resignada: “Las cosas importadas nos jodieron”. Hoy, Lucía depende de los favores discrecionales de una dirigente política local, quien consiguió un puesto público en la municipalidad local para su marido y que, ocasionalmente, la provee de comida y medicamentos.

“Jodidos” como están por la dinámica de la reestructuración capitalista y conscientes de la falta de perspectivas ciertas, los habitantes de Paraíso, como Lucía o Rosa (o los miles que habitan en las villas de la zona metropolitana de Buenos Aires), están aún más preocupados (o, mejor dicho, abrumados) por la generalización de la violencia en su barrio.

“¿Ves esos muchachos ahí?”, preguntó Eloísa, una antigua habitante de Villa Paraíso, “siempre están robando autos”. Estaban estacionando un nuevo auto en el frente de la sociedad de fomento del barrio. Eloísa los mira y luego dice, “no sé, acá cada día que pasa, estamos más aislados [...] los taxistas no quieren entrar en la villa, dicen que no quieren que los roben”. Nilda, de la villa Las Ranas en el Partido de San Martín, también expresa su preocupación al relatar la manera en que dos adolescentes intentaron robarla: “Eran dos mocosos de catorce años, con navajas. Por suerte pasó un primo mío en bicicleta y los sacó corriendo. Al otro día le dije a la madre de uno, porque la conozco: esto no puede ser, ya ni nos respetamos entre nosotros”. Durante la última década, el robo armado y los asaltos violentos se han convertido en parte de la vida cotidiana en las villas. Hoy, en democracia, los habitantes de las villas no tienen miedo de los militares –como solían tener durante la última dictadura cuando las villas eran objeto de constantes razzias y sitios- sino de sus propios vecinos, sobre todo de los más jóvenes. Víctimas de la marginación económica, social y cultural, estos jóvenes encuentran una manera de contrarrestar, aunque sea simbólicamente, su real vulnerabilidad y redundancia, imponiendo el tono de la vida pública en la villa. “El muchacho de acá al lado vende drogas. No lo podés denunciar a ninguna parte porque te puede robar, o peor, lastimar. Todas las noches fuman marihuana o tiran tiros justo afuera de mi ventana [...] estamos desamparados,” cuenta Hugo, antiguo habitante de Paraíso.

Tanto en Las Ranas como en Paraíso, la violencia y el aislamiento vienen de la mano: “El hombre vende leche, Coca Cola y pan pero no entra más en esta zona, porque lo pueden robar [...] Me robaron la bicicleta, los que vienen a comprar droga me la robaron”, me comenta Hugo. Y otro residente de La Cava, en San Isidro, cuenta: “Ni los remises ni las ambulancias quieren meterse. Y si se meten tardan un montón”. Un habitante de Las Ranas ilustra esta sensación de absoluto abandono: “¡Qué se va a acordar Dios de nosotros!”.

Autor. Loïc Wacquant

La “invasión de las drogas” es, junto con la falta de empleo, la preocupación dominante en las villas de la Capital Federal y del Gran Buenos Aires. La diseminación de drogas y alcohol alimentan un ciclo de desconfianza y violencia interpersonal; ciclo que, sin orígenes ni propósitos claros, permea toda la atmósfera de la vida villera e impacta en las rutinas básicas como tomar el colectivo para ir a trabajar. La descripción de Juan encapsula este sentimiento que es a la vez terror y humillación: “Yo me voy al trabajo muy temprano, a eso de las tres de la mañana. A esa hora es medio peligroso acá. Ya cambié la parada tres veces porque los chicos de la esquina [...] siempre están con drogas [...] y me empezaron a cobrar peaje, una moneda o un cigarrillo [...], si no tengo; no me dejan pasar [...]. El otro día me robaron los dos pesos que tenía para el colectivo; y encima se calentaron conmigo porque eso era todo lo que tenía. ‘No te da vergüenza tan grande y con dos pesos’, me dijeron”. O como dice una mujer de La Cava: “Apenas te das vuelta te afanaron la garrafa o la ropa tendida. Antes no había robos dentro de la villa. Antes no había droga”. El aislamiento (tanto del resto de la sociedad como de sus propios vecinos) y la violencia vienen a intensificar un estigma con el que los villeros se han visto forzados a vivir: “Cada vez que llenás una solicitud y ponés La Cava [...] ya sabés que no te van a llamar”. Y María, de Villa Paraíso, agrega: “A mi hijo le da vergüenza decir que vive acá. No puede invitar a sus amigos porque no se meterían en el pasillo”.

Quizá sea Alejandra, de Paraíso, quien mejor sintetice el padecimiento de buena parte de la vida en las villas: el de estar socialmente aislados, alienados de las instituciones y servicios que las clases medias y altas aun toman por descontados, abandonados por el Estado y a disposición de adictos y dealers que los aterrorizan: “Durante los fines de semana esto es como el viejo oeste”.

A pesar de que la violencia que domina la experiencia diaria y las rutinas de la mayoría de los habitantes de Villa Paraíso y de otras villas proviene de otros habitantes (no sólo jóvenes), la violencia estatal aún está presente en las razias esporádicas y brutales dirigidas a los jóvenes. Junto con cada ola de histeria colectiva por la (in)seguridad pública, las villas son “invadidas” por la policía. El día que cuatrocientos policías con perros y el apoyo de helicópteros “entraron” en La Cava en busca de dos sospechosos de asesinato (dos jóvenes de catorce años que luego fueron declarados inocentes), el Ministro de Justicia de la provincia de Buenos Aires, León Arslanián, sostuvo: “Se terminó el mito de que la policía no entra en las villas”. Días después, políticos de la oposición y funcionarios del gobierno acordaron instalar un destacamento policial en La Cava. Para el gobierno y la oposición “progresista”, el problema de la inseguridad en las villas es la falta de inversión en control social (no en puestos de trabajo). Algunos meses antes, el mismo Ministro anunciaba que 3.700 nuevos presos serían ubicados temporariamente en los galpones de fábricas inactivas. “No hay más lugar para los nuevos presos. Las cárceles están llenas, y las comisarías también,” dijo el Ministro al anunciar la creación de “galpones penitenciarios”.

Estos retratos etnográficos son suficientes para demostrar que la violencia interpersonal cotidiana, la violencia represiva estatal intermitente, y la violencia estructural del desempleo dictan el ritmo de la vida diaria en Villa Paraíso, en La Cava y en tantos otros enclaves de pobreza en la Argentina contemporánea. Parias urbanos nos provee de herramientas para pensar las raíces, los mecanismos, y las consecuencias de estas distintas violencias. En los primeros cuatro artículos, Loïc Wacquant describe dos realidades socioespaciales diferentes (el gueto negro norteamericano

Autor. Loïc Wacquant

y las banlieues francesas), examinando las (distintas) maneras en que la desigualdad, la segregación, el desempleo y el abandono estatal se inscriben en el espacio urbano, y las (disímiles) experiencias de sus habitantes. En los últimos dos trabajos, productos de investigaciones en curso, el autor alerta frente a una reacción común que están adoptando los Estados en ambos lados del Atlántico y que también parece dominar la discusión en nuestro país: la criminalización de la pobreza.

¿Un Bronx global?

Cincuenta años después del surgimiento de las villas en el paisaje urbano como un fenómeno transitorio típico de una “etapa de desarrollo” (Gilbert, 1994; Peattie y Aldrete-Haas, 1981), se han convertido en una parte permanente de la geografía de la mayoría de las ciudades latinoamericanas. Durante estos cincuenta años, las villas capturaron la imaginación de cineastas como Lucas Demare (1957), novelistas como Bernardo Verbitsky (1957) -a quienes algunos le acreditan la invención del nombre, villa miseria, e intelectuales como Hugo Ratier (1971). Las villas también han sido sitios de intensa militancia política, social y religiosa.

Difícilmente uno pueda dar con una configuración urbana que haya sido (y aún sea) la depositaria de tantas (la mayoría de las veces malas) representaciones, de tantas esperanzas en el pasado y tantos miedos en el presente. Las villas fueron retratadas como el ejemplo acabado del fracaso del populismo peronista durante los años cincuenta, como suerte de laboratorios para los sueños modernizadores de los años sesenta, como cunas de la revolución en los setenta, como obstáculos para el progreso y como germinadores de subversión durante la última dictadura, como lugares de inmoralidad, crimen y ausencia de ley en la Argentina contemporánea. En la actualidad, la discusión pública sobre la inseguridad recurrentemente menciona a “la villa” y “los villeros” (un mote que se aplica a toda la gente que vive en zonas pobres, sean éstas villas o no) como una amenaza. En la Argentina fragmentada y polarizada, las villas son zonas que hay que eludir, “zonas de crimen” a ser temidas y evitadas. Los informes de los medios de comunicación periódicamente se refieren al miedo que estos “aguantaderos de criminales” generan en la gente que no vive allí. En un clima en el cual la seguridad urbana se ha convertido en el tema principal de la prensa y una de las preocupaciones más importantes de la población dada la explosión en las tasas de criminalidad, la villa aparece como el origen desconocido e impenetrable de la actividad criminal.

Desafortunadamente, es escasa la investigación empírica que se concentra en la suerte que han corrido las villas en la década del ajuste, y específicamente el impacto que la retirada combinada del Estado y del mercado han tenido en estos crecientemente poblados enclaves y en la vida de sus habitantes. Si bien los estudios sobre pobreza se multiplican, la atención ha sido puesta en el drama de los “nuevos pobres,” siendo la abundancia de estudios estadísticos solo equiparada por la casi total ausencia de estudios etnográficos prolongados sobre los “pobres estructurales.” La mirada que construye Parias urbanos constituye una invitación al trabajo etnográfico en “el otro lado” de las metrópolis; etnografías que registren respetuosamente las veces de la villa y se preocupen por representarlas —parcialmente, en sus propios términos— lo más adecuadamente posible. Respetuosas etnografías que nos ayudarán a contestar el sinnúmero de estereotipos racistas y estigmas

Autor. Loïc Wacquant

clasisistas que dominan las representaciones —sean estas oficiales o “progresistas”— de la villa.

Empleadas con cautela, las herramientas y la perspectiva explicitadas en los distintos ensayos de este libro pueden resultarnos de una extrema utilidad por otras dos razones fundamentales. La primera, porque ubican al Estado como elemento central en la cadena causal que explica la perpetuación y la agudización de la privación material y de la marginación económica y cultural. La segunda porque nos exhorta a tomar seriamente el espacio como elemento central en los procesos de destitución social. Esto es, nos convoca a mirar cuidadosamente la concentración geográfica de la pobreza, la acumulación de distintos tipos de privación en otros “territorios de relegación”. Es cierto, la villa, la banlieue francesa, y el “gueto negro” norteamericano son espacios analíticamente distintos. Sin embargo, trasladar la mirada de Wacquant y adaptar sus herramientas conceptuales a la villa nos puede ayudar a comprender mejor los cambios que se han producido en éste y en otros enclaves de pobreza en las últimas dos décadas, y los “altamente malignos circuitos de marginación social” (Mingione 1996, pág. 9) en los que sus habitantes se encuentran atrapados.

En lo que resta de esta introducción, me voy a concentrar en cuatro dimensiones en las que la perspectiva relacional de Wacquant nos ayuda a diagnosticar el surgimiento de esta nueva marginación en estos viejos territorios, y a trascender ciertas limitaciones en los abordajes al tema de la marginación y la desigualdad.

En primer lugar, llevar la perspectiva relacional de Wacquant a la villa nos hará ver que la historia de esta configuración socioespacial es el producto de una particular interacción entre fuerzas macroestructurales, políticas estatales, y el compromiso activo de los “villeros” —tanto en cuanto individuos como a través de sus organizaciones colectivas— con esas “presiones externas.” La perspectiva institucional expuesta en estos ensayos arroja luz sobre un malentendido bastante común acerca de la historia de estos enclaves de pobreza urbana. Estos no son el producto de la acción de una sola fuerza o actor (hiperurbanización, políticas habitacionales, peronismo, etc.) sino de: a) la interrelación de actores en disputa, y b) los constantes cambios en la estructura de oportunidades políticas —regímenes autoritarios y democráticos. En este sentido, llevar a Wacquant a la villa sugiere entenderla como una relación entre la economía, el descuido estatal y la acción de los actores políticos dentro y fuera de la villa.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta una diferencia muy importante entre las distintas realidades socioespaciales del sur y del norte. A diferencia del gueto, y aun cuando los “villeros” sigan tomando agua contaminada, se sigan inundando, sigan hacinados y estigmatizados, muchas de las villas han sido testigos de mejoras significativas en su infraestructura urbana (pavimento, iluminación; desagüe). Estos servicios de consumo colectivo, productos de la intensa acción colectiva de los villeros, marcan una diferencia significativa no sólo con los enclaves de destitución del norte, sino también con las villas de los años cincuenta. Sin embargo, pensar con Wacquant y desde el gueto, esto es, pensar relacionamente, puede hacernos ver que muchas de estas “mejoras” se parecen demasiado —para usar una imagen conocida— al embellecimiento de los camarotes del Titanic antes de su único viaje. Hacen la vida en la villa más llevadera; sin embargo, así como el empleo se desconectó del crecimiento económico (Monza, 1996; Lozano y Feletti, 1996; Rofman, 1996), los vínculos funcionales que solían unir a la población de estos enclaves con

Autor. Loïc Wacquant

el resto de la sociedad vía su participación intermitente en el mercado de trabajo y en el sistema escolar están severamente dañados. Como lo expresa Rolo, quien llegó a Paraíso a los cinco años, “Si, claro, la villa está mejor ahora [...] pero, ¿sabés qué hermano?, vivimos muy mal, estamos muy mal [...]”.

En este sentido, uno podría decir que la historia de los enclaves de pobreza en la Argentina tiene elementos de continuidad y discontinuidad. Hay continuidad en el sentido que estos enclaves han experimentado los efectos acumulativos de las desventajas económicas desde su origen. Durante los años treinta y cuarenta, al acelerarse el proceso de industrialización en Buenos Aires, Villa Paraíso, como tantas otras villas y barrios, comenzó a recibir masivos contingentes migratorios desde las provincias. La vivienda era escasa y extremadamente cara para estos migrantes devenidos en proletarios. Zonas cuasi desiertas y no aptas para el poblamiento urbano se transformaron en los lugares donde los migrantes construyeron sus moradas. Desde entonces, la villa ha sido un área de pobreza concentrada y crónica. “¿Qué es lo primero que le llamó la atención de Paraíso?”, le pregunté a Victoria, quien llegó a principios de los sesenta. “Era horrible [...] era espantoso. Yo le preguntaba a mi marido: ‘¿Y esto es Buenos Aires?’. Porque cuando uno vive en la provincia, pensás que Buenos Aires es lo mejor, pensás que es lindo. Cuando él me trajo, yo pensé: ‘¿Voy a vivir acá?’. Pero, viste, la necesidad [...] Y me tuve que quedar. La calle era un basural [...] Yo ni siquiera quería salir de mi casa, estaba muy shoqueada [...] pisar el barro y ver toda esa mugre.”

La historia de los enclaves de pobreza contiene también elementos de discontinuidad, porque estas zonas sufrieron el efecto devastador del masivo crecimiento del desempleo y del subempleo (y del consecuente crecimiento en la vulnerabilidad de sus habitantes) durante los ochenta y los noventa. Hay, entonces, una nueva forma de destitución social en este ya antiguo enclave; nueva forma de relegación social que –centrada en la desaparición del empleo y en la desatención de la “mano social” del Estado– reconoce ciertas similitudes con aquella que afecta a las sociedades avanzadas.

Los paralelos entre el gueto negro, la banlieue francesa y la villa no se detienen allí. El “encogimiento de las redes sociales”, la desproletarización y la creciente “informatización” de su población, la “despacificación” de la vida cotidiana, la “desertificación organizativa”, la creciente relevancia del comercio ilegal de drogas, sobre las que el autor nos advierte en los cuatro primeros ensayos, y la guerra que la “mano represiva” del Estado tácitamente ha declarado contra los pobres, sobre la que abunda en los dos últimos, señalan procesos a ser explorados.

En otras palabras, Wacquant nos invita a analizar los procesos por los cuales las villas y otros enclaves de pobreza urbana están dejando de ser los lugares en los que los segmentos inferiores del mercado de trabajo se reproducen, lugares transitorios en el (más o menos real, más o menos generalizado) proceso de movilidad ascendente de las clases trabajadoras. De igual manera que el gueto negro norteamericano analizado en el primer capítulo, estos enclaves están dejando de ser lugares para convertirse en espacios de supervivencia de aquellos relegados.

En tercer lugar, tomar seriamente la “raza, el espacio y el Estado” en el estudio de la marginación urbana, como Wacquant recomienda, nos hará ver las maneras diferentes en las que el discurso dominante racializa a la población villera. Basta sino mirar los operativos de “limpieza y

Autor. Loïc Wacquant

moralización” llevados a cabo por la última dictadura militar, y los operativos de erradicación de las villas que –en nombre del “progreso de la ciudad” (eufemismo para el trazado de una autopista) llevó a cabo el gobierno municipal de la Ciudad de Buenos Aires entre los años 1994 y 1996–, para ver cómo los elementos centrales del discurso racial se ponen en juego cada vez que se habla de la “población villera”. Esta racialización (discursiva y práctica) de la población villera se conjuga y refuerza con su extranjerización. Así, el villero, sea boliviano, paraguayo o provinciano (pero siempre, “no de aquí”) termina siendo (construido como) el otro repugnante y nocivo. Esta racialización, es importante destacar, no se restringe al punto de vista oficial. Las reacciones de los vecinos de clase media frente al traslado de los “negros villeros” -acusación que combina el estigma de clase, lugar y color- a zonas cercanas a sus hogares durante los meses de enero y febrero del año 1994 (“No los queremos aquí”, decían los vecinos) nos permitirá ver cómo este discurso dominante se filtra en el entramado simbólico de la sociedad y se transforma en un sentido común (las más de las veces racista).

Esto no quiere decir que el elemento racial tenga en la villa, la banlieue y el gueto, la misma relevancia ni génesis, como bien advierte Wacquant en relación con las dos últimas configuraciones socioespaciales. La pobreza del gueto tiene, en Estados Unidos, una dimensión distintivamente racial de la que carece en la villa. Sin embargo, en un país en el que “la cuestión racial no es un tema (problema)”, el análisis que propone el autor nos da claves para pensar sobre las formas en que la perversa combinación de abandono y represión construye (bajo regímenes autoritarios o democráticos) a la villa como un espacio de contaminación, como una otredad radical. En este sentido, mirar con Wacquant las representaciones oficiales sobre la villa nos puede ayudar a ver los elementos raciales de este discurso.

Por último, Parias urbanos ofrece claves para construir nuevas maneras de estudiar la desigualdad y la pobreza. Dado su énfasis en el surgimiento de “los nuevos pobres”, los estudios sobre pobreza en la Argentina aparecen dominados por las metáforas geométricas (la caída, la rodada, la cuesta abajo). La doxa académica queda así atrapada en una suerte de aritmética de la miseria en el sentido que la discusión siempre gira alrededor de los mismos temas: cuánta gente cayó “por debajo” o trepó “por arriba” de la línea de pobreza, cuántos hogares tienen “necesidades básicas insatisfechas.” La idea misma de “línea de pobreza” contiene en sí misma varias limitaciones; inconvenientes que una mirada relacional nos permitiría salvar. “La línea” nada nos dice, como sostiene Mingione (1996, pág. 5), sobre “la duración en el tiempo, la suficiencia de los recursos en términos de satisfacer necesidades básicas, la variedad de los recursos [...] y su efectiva utilización; la variedad de procedencias sociales y demográficas y otros aspectos que son considerados necesarios a los efectos de identificar y entender la pobreza.” La línea de pobreza, continúa este autor, subestima “el impacto negativo de la gran inestabilidad social y del aislamiento”. Al equiparar la pobreza con los bajos ingresos la línea de pobreza termina oscureciendo las características específicas de los procesos de marginación “y la cadena de eventos y condiciones que han llevado a la exclusión social” (1996, pág. 1).

Los parias urbanos nos invita a construir una nueva mirada sobre la desigualdad y la relegación, evitando el “fraccionamiento analítico” que el análisis social centrado en las variables estimula, combinando diversos niveles de análisis (porque la sociogénesis y la psicogénesis de los

Autor. Loïc Wacquant

fenómenos sociales son “dos caras de la misma moneda”), concentrando nuestra atención en procesos y relaciones (en “formas y conexiones”, no en “porcentajes y condiciones”). La perspectiva relacional que este libro articula nos ofrece herramientas conceptuales para contestar semejantes metáforas geométricas alentadas, en buena medida, por el positivismo y el individualismo metodológico.

Pensar con Wacquant en la pobreza argentina no implica, de ninguna manera, proyectar sus hallazgos empíricos desde el gueto negro norteamericano o de la banlieue francesa a la villa o a otros enclaves de pobreza urbana (sean estos asentamientos, barrios obreros, etc.). Significa tomar sus advertencias epistemológicas y traducir críticamente sus principios metodológicos para ser utilizados en otros contextos socioculturales. Mirar la marginación urbana del nuevo milenio a la luz de esta perspectiva relacional nos invita a hacer de las políticas públicas y los discursos oficiales, las estructuras y las experiencias, la economía y el estado, nuestros objetos empíricos principales.

“Che, esto es como el Bronx, ¿no?”, me preguntó Mario, vecino de Villa Paraíso, en mi primer día de trabajo de campo. Ese día, Mario (recurriendo a la imagen global de destitución, violencia y relegación), sintetizó muchas de las expresiones, de los temores, que durante casi un año recogí en Paraíso: sentimientos de desamparo y marginación que, si bien obedecen a distintas causas políticas, culturales y económicas, son análogos a los que predominan en “guetos”, “inner cities”, y otros enclaves de destitución social en sociedades avanzadas. Parias urbanos es una invitación a reflexionar sobre estos aparentes “Bronx globales”, las causas estructurales que a diario determinan el futuro de esos espacios, sobre las vidas cotidianas, las experiencias de sus habitantes, y las consecuencias que sobre ellos tienen la mirada entre desentendida y represiva del Estado, y la mirada entre indiferente y hostil del resto de la sociedad.

Referencias Bibliográficas

Auyero, J.: “This is Like the Bronx, Isn't it? Lived Experiences of Marginality in an Argentine Slum”, en *International Journal of Urban and Regional Research*, págs. 23,1, 45-69, 1999.

Barbeito, A. y Lo Vuolo, R.: *La Modernización Excluyente*, Buenos Aires, Losada, 1992.

Beccaria, L. y N. López “Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano”, en Luis Beccaria y Néstor López (comps.): *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires. Losada, 1996, págs. 17-46.

Bourdieu, P.: *Acts of Resistance*, New York, The New Press, 1998.

Bourdieu, P. y Wacquant, L.: “La astucia de la razón imperialista”, en *Apuntes de Investigación en Cultura y Político* 4, Buenos Aires, 1999.

Bustelo, E.: “La Producción del Estado de Malestar. Ajuste y Política Social en América Latina”, en Alberto Minujin (comp.), *Cuesta Abajo*, Buenos Aires, Losada, 1993.

Autor. Loïc Wacquant

Castells, M.: *The City and the Grassroots*, Berkeley, University of California Press, 1983

Centro de Estudios Bonaerenses (CEB), *Informe de Coyuntura 51-1*, Buenos Aires, 1995.

Cetrángolo, O. y L. Colbert: "Desempleo en Argentina: magnitud del problema y políticas adoptadas", CECE, Serie Estudios 8, 1995.

Eckstein, S.: "Urbanization Revisited: Inner-city Slum of Hope and Squatter Settlement of Despair", en *World Development* 18, n° 2, 1990, págs. 165-81.

Gay, R.: *Popular Organization and Democracy in Rio de Janeiro. A Tale of Two Favelas*, Filadelfia, Temple University Press, 1994.

Gilbert, A.: *The Latin American City*, Londres, Latin American Bureau, 1994.

Golbert, L.: "Viejos y nuevos problemas de las políticas asistenciales", CECE Serie Estudios 12, 1996.

Iñiguez A. y A. Sánchez: "El conurbano bonaerense y la provincia de Buenos Aires: condensación de la tragedia nacional de la desocupación y la subocupación", Cuadernos del IBAP 7, Buenos Aires, 1996.

Kessler, G.: "Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia", en Luis Beccaria y Néstor López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Losada, Buenos Aires, 1996.

Kuasñosky, S. y D. Szulik: "Desde los márgenes de la juventud", en Mario Margulis (comp) *La juventud es más que una palabra*, Biblos; Buenos Aires, 1996.

Lloyd-Sherlock, P.: "Policy, Distribution, and Poverty in Argentina Since Redemocratization", *Latin American Perspectives* 24, n° 97, 1997, págs. 22-55.

Lozano, Claudio y Roberto Feletti: "Convertibilidad y desempleo, crisis ocupacional en la Argentina", en *Aportes Para El Estado y La Administración Gubernamental* 3, n° 5, 1996, págs. 155-88.

Lumi, S.; L. Colleen, y E. Tenti Fanfani: *La mano izquierda del estado*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 1992.

Massey, D. y N. Denton: *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993.

Mingione, E. (comp.): *Urban Poverty and the Underclass; A Reader*, Cambridge, Mass, Blackwell, 1996.

Minujin, A. y G. Kessler: *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Mollenkopf, J. y M. Castells. (comps): *Dual City. Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991.

Autor. Loïc Wacquant

Monza, Alfredo: "Evolución Reciente y Perspectivas del Mercado de Trabajo en la Argentina", Aportes Para El Estado y La Administración Gubernamental, nº 3, 1996, págs. 65-78.

Murmis, M. y S. Feldman: "De seguir así", en Luis Beccaria y Néstor López (comps.), Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina, Buenos Aires, Losada, 1996.

O'Donnell, G.: Contrapuntos, Buenos Aires, Paidós, 1998.

Oxhorn, P.: "The Social Foundations of Latin America's Recurrent Populism: Problems of Popular Sector Class Formation and Collective Action", Journal of Historical Sociology, vol. 11, nº 2, 1998, págs. 212-246.

Oszlak, Oscar: Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano, Buenos Aires, Humanitas, 1991.

Patroni, V.: "Labor and Democracy in Mexico and Argentina", Paper Delivered at the 1998 Meeting of the Latin American Studies Association, Chicago, 11, 24-26 de septiembre de 1998.

Peattie, L. y J. A. Alderete-Hass: "Marginal' Settlements in Developing Countries. Research, Advocacy of Policy, and Evolution of Programs", en Annual Review of Sociology 7, págs. 157-75, 1981.

Perlman, Janice: The Myth of Marginality, Berkeley, CA, The University of California Press; 1976.

Prevot Schapira, M.: "Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994". Revista Mexicana De Sociología 59, nº 2, 1996, págs. 73-94.

Ratier, H.: Villeros y villas miseria, Buenos Aires, CEAL, 1985.

Rofman, A.: "El desempleo en la Capital y en el interior: perfiles actuales del desempleo estructural en la Argentina", en S. Peñalva y A. Rofman (comps.), Desempleo estructural, pobreza y precariedad, Buenos Aires, Nueva Visión, págs. 31-50, 1996.

Rubinich, Lucas: "Apuntes sobre nociones de derechos en sectores populares urbanos", Documentos CEDES, 1991.

Sarlo, B.: Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo, Buenos Aires, Ariel, 1996.

Sassen, S.: The Global City, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1991.

-: Globalization and its Discontents, Nueva York, The New Press, 1998.

Smith, W.: "Hyperinflation, Macroeconomic Instability, and Neoliberal Restructuring in Democratic Argentina", en E. Epstein (comp), The New Argentine Democracy, Nueva York, Praeger.

Stillwaggon, E.: Stunted Lives, Stagnant Economies. Poverty, Disease, and Underdevelopment, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1998.

Tilly, C.: What is Good Urban History?, Journal of Urban History, 1996.

Autor. Loïc Wacquant

Torres, H.: El mapa social de Buenos Aires (1940-1990), Buenos Aires, Dirección de investigaciones. Secretaria de Investigación y Posgrado. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, 1991.

Verbitsky, B.: Villa Miseria también es América, Buenos Aires, G. Kraft, 1957.

Villareal, J.: La exclusión social, Buenos Aires, Norma, 1997.

Wilson, W. J. When Work Disappears, Nueva York, Knopf, 1997

Wolfe, T., The Bonfire of Vanities, Nueva York Farrar, Straus, 1987.

Yujnovsky, Oscar: Las claves políticas del problema habitacional argentino, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984.

- "Attitudes Toward Poverty Policy", Social Problems n° 21-5 (junio de 1974), págs. 634-647.

Wirth, Louis: On Cities and Social Life, editado y con una introducción de Albert J. Reiss, Jr., Chicago, University of Chicago. Press, 1964.

4. Marginalidad Urbana En El Próximo Milenio

Todos los fenómenos sociales son, hasta cierto punto, la obra de la voluntad colectiva, y ésta implica la elección entre diferentes opciones posibles. [...] El ámbito de lo social es el ámbito de la modalidad.

MARCEL MAUSS

"Les civilisations. Éléments et formes" (1929)

Este artículo analiza las modalidades con que han surgido y se están difundiendo nuevas formas de desigualdad y marginalidad urbanas en todas las sociedades avanzadas del occidente capitalista. El argumento se desarrolla en dos etapas.

En primer lugar, esbozo una caracterización compacta de lo que considero un nuevo régimen de marginalidad urbana. Este régimen se mantuvo en ascenso durante las últimas tres décadas, desde el final de la era fordista, definida por la producción industrial estandarizada, el consumo masivo y un contrato social keynesiano que vinculaba ambos aspectos bajo la tutela del Estado de Bienestar Social. No obstante, aún no hemos presenciado todas las consecuencias de aquél, porque su advenimiento está ligado a los sectores más avanzados de nuestras economías, razón por la cual me refiero a él como "marginalidad avanzada". La identificación de las propiedades distintivas de este régimen de marginalidad urbana en proceso de consolidación nos ayudará a señalar con precisión qué tiene exactamente de novedoso la "nueva pobreza", cuyo ámbito y fuente es la ciudad.

En segundo lugar, abordo la cuestión que informa implícitamente u orienta explícitamente los debates europeos sobre el resurgimiento de la indigencia, la división y la tensión en las metrópolis: a saber, ¿estamos en presencia de una convergencia epocal de regímenes de pobreza urbana a ambos lados del Atlántico? Sostengo que la respuesta es negativa: la relegación urbana tiene una dinámica social y espacial diferente en ambos continentes. No obstante, las sociedades europeas deben estar en guardia contra las políticas públicas que aíslan distintas zonas y poblaciones urbanas, lo que las alienta a adoptar estrategias de vida divergentes y hasta opuestas que pueden inducir dales autoalimentadores de involución social, no diferentes de los que subyacen a la ghettoización en Estados Unidos.

Pese a su título, entonces, este trabajo no es un aporte a la novelera celebración milenarista del "2000". Más bien, es un intento de diagnosticar las fuerzas y las formas sociales de que está llena nuestra actual penuria urbana, y que prometen modelar las metrópolis del mañana, a menos que ejerzamos nuestra "voluntad colectiva" y actuemos para frenar mecanismos y encauzar tendencias en una dirección diferente.

Sintonías De Marginalidad Avanzada

El final del siglo XX presencia una trascendental transformación de las raíces, la composición y las consecuencias de la pobreza urbana en la sociedad occidental. Junto con la modernización

Autor. Loïc Wacquant

económica acelerada, provocada por la reestructuración global del capitalismo, la cristalización de una nueva división internacional del trabajo (fomentada por la velocidad frenética de los flujos financieros y los trabajadores a través de fronteras nacionales porosas) y el desarrollo de nuevas industrias de uso intensivo del conocimiento, basadas en revolucionarias tecnologías de la información y generadoras de una estructura ocupacional dual, se ha producido la modernización de la miseria: el ascenso de un nuevo régimen de desigualdad y marginalidad urbanas)

Mientras que antaño, en las metrópolis occidentales, la pobreza era en gran medida residual o cíclica, estaba fijada en comunidades de clase obrera, era geográficamente difusa y se la consideraba remediable mediante una mayor expansión del mercado, hoy parece ser cada vez de más largo plazo si no permanente, y está desconectada de las tendencias macroeconómicas y establecida en barrios relegados de mala fama en los que el aislamiento y la alienación sociales se alimentan uno al otro, a medida que se profundiza el abismo entre las personas allí confinadas y el resto de la sociedad.

La consolidación de este nuevo régimen de marginalidad urbana se mueve por diversos caminos y asume diferentes formas en los distintos países del Primer Mundo. En Estados Unidos y el Reino Unido se ha visto enormemente facilitada por la política de achicamiento total del Estado llevada adelante tanto por partidos conservadores como liberales [progresistas] en las últimas décadas; y por la rígida o creciente separación espacial y social de personas blancas y de color en los grandes centros urbanos. En otras naciones con fuertes Estados benefactores corporatistas o socialdemócratas y ciudades menos segregadas, como las del norte de Europa y Escandinavia, esa política ha sido atenuada en parte, pero no completamente descartada. Y se complicó con el conflictivo tema de la integración de los inmigrantes y refugiados del Tercer Mundo, tal como se expresa en la angustia por la cristalización de “guetos” de inmigrantes que cubren el continente, de Marsella a Munich y de Bruselas a Brindisi.

Cualquiera sea la etiqueta utilizada para designarla —“infra-clase” [“underclass”] en Estados Unidos e Inglaterra, “nueva pobreza” en Holanda, Alemania y el norte de Italia, “exclusión” en Francia, Bélgica y los países nórdicos—, los signos reveladores de la nueva marginalidad son inmediatamente reconocibles incluso para el observador casual de las metrópolis occidentales: hombres y familias sin hogar que bregan vanamente en busca de refugio; mendigos en los transportes públicos que narran extensos y desconsoladores relatos de desgracias y desamparo personales; comedores de beneficencia rebosantes no sólo de vagabundos sino de desocupados y subocupados; la oleada de delitos y rapiñas, y el auge de las economías callejeras informales (y las más de las veces ilegales), cuya punta de lanza es el comercio de la droga; el abatimiento y la furia de los jóvenes impedidos de obtener empleos rentables, y la amargura de los antiguos trabajadores a los que la desindustrialización y el avance tecnológico condenan a la obsolescencia; la sensación de retroceso, desesperación e inseguridad que gana las barriadas pobres, encerradas en una espiral descendente de ruina aparentemente imparable, y el crecimiento de la violencia etnoracial, la xenofobia y la hostilidad hacia los pobres y entre ellos. En todos lados, las elites estatales y los expertos en políticas públicas están marcadamente preocupados por impedir o contener los “desórdenes” que se preparan dentro y en torno de los enclaves en expansión de declinación y abandono urbanos.

Autor. Loïc Wacquant

Cuatro Lógicas Estructurales Alimentan La Nueva Marginalidad

Pero las propiedades estructurales distintivas de la “miseria modernizada” son mucho menos evidentes que sus manifestaciones concretas. Esquemáticamente, el régimen de marginalidad emergente puede caracterizarse como el producto de cuatro lógicas que, en conjunto, reconfiguran los rasgos de la pobreza urbana en las sociedades ricas. Estos rasgos marcan un agudo contraste con las características dominantes de la pobreza en la era de expansión fordista, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década del setenta.

1. Dinámica macrosocial: el resurgimiento de la desigualdad social

La nueva marginalidad urbana no es la resultante del atraso, la ociosidad o la declinación económica, sino de la desigualdad creciente en el contexto de un avance y una prosperidad económica global.

El atributo más enigmático de la nueva marginalidad posiblemente sea, en efecto, el hecho de que se difunde en una era de caprichoso pero resuelto crecimiento que provocó una espectacular mejora material para los miembros más privilegiados de las sociedades del Primer Mundo. No obstante las menciones rituales de la “crisis” entre los políticos, todos los grandes países capitalistas experimentaron una expansión de su PBI y un rápido aumento de la riqueza colectiva en las últimas tres décadas. La opulencia y la indigencia, el lujo y la penuria, la abundancia y la miseria florecieron lado a lado. Así, la ciudad de Hamburgo, que de acuerdo con algunas mediciones es la más rica de Europa, exhibe tanto la proporción más alta de millonarios como la incidencia más elevada de beneficiarios de la asistencia pública en Alemania, mientras que Nueva York es el hogar de la clase alta más grande del Planeta, pero también del mayor ejército de personas sin techo e indigentes de todo el hemisferio occidental.

Aunque aparentemente contradictorios, ambos fenómenos están en realidad vinculados. En efecto, las nuevas formas de búsqueda de productividad y rentabilidad en la “alta tecnología” degradaron la industria manufacturera, y los sectores de servicios empresarios y financieros que impulsan el capitalismo fin-de-siècle dividen la fuerza de trabajo y polarizan el acceso al empleo duradero y las retribuciones procuradas por él. Por un lado, la modernización postindustrial se traduce en la multiplicación de puestos altamente calificados para el personal profesional y técnico con formación universitaria y, por el otro, en la descalificación y la eliminación lisa y llana de millones de empleos para los trabajadores sin preparación. Más aún, la producción y el crecimiento sin empleos en muchos sectores económicos no es en la actualidad una posibilidad utópica sino una agrídulce realidad. Lo testimonia el virtual vaciamiento del puerto de Rotterdam, tal vez el más moderno del mundo y uno de los grandes responsables del aumento de la desocupación por encima del 20 por ciento en esa ciudad holandesa.

Cuanto más avanza la economía capitalista remodelada, más amplio y profundo es el alcance de la nueva marginalidad y más concurridas las filas de las personas arrojadas a la agonía de la miseria sin tregua ni remedio, aun cuando caiga el índice oficial de desocupación y aumente el ingreso en el país. En septiembre de 1994, la Oficina de Censos de Estados Unidos informó que el índice de

Autor. Loïc Wacquant

pobreza norteamericano había sufrido en diez años un alza del 15,1 por ciento (para llegar a un pasmoso total de cuarenta millones de pobres), pese a dos años de sólida expansión económica. Entretanto, la Unión Europea registra oficialmente un récord de cincuenta y dos millones de pobres, diecisiete millones de desocupados y tres millones de personas sin techo –y la cuenta sigue– en el marco de la reanudación del crecimiento económico y la mejora de la competitividad global.

En otras palabras, la marginalidad avanzada parece haberse “desacoplado” de las fluctuaciones cíclicas de la economía nacional. La consecuencia es que las alzas en la ocupación y el ingreso agregados tienen pocos efectos benéficos sobre las posibilidades de vida en los barrios relegados de Europa y Estados Unidos, mientras que las bajas producen más deterioro y aflicción en ellos. Si esta desconexión no se remedia de algún modo, un mayor crecimiento económico generará inevitablemente más dislocación urbana y depresión entre quienes han sido empujados hacia el fondo del orden urbano emergente y están atrapados en él.

2. Dinámica económica: lo matricida del trabajo asalariado

La nueva marginalidad urbana es el subproducto de una doble transformación de la esfera del trabajo. Una es cuantitativa y entraña la eliminación de millones de empleos semicalificados bajo la presión combinada de la automatización y la competencia laboral extranjera. La otra es cualitativa e implica la degradación y la dispersión de las condiciones básicas de empleo, remuneración y seguridad social para todos los trabajadores, salvo los más protegidos.

Desde la época en que Friedrich Engels escribió su clásico tratado sobre la condición de la clase obrera en las fábricas de Manchester, hasta la crisis de los grandes enclaves industriales del capitalismo euronorteamericano un siglo y medio después, se suponía correctamente que la expansión del trabajo asalariado representaba una solución eficaz y viable al problema de la pobreza urbana. Bajo el nuevo régimen económico, ese supuesto es a lo sumo dudoso, y en el peor de los casos lisa y llanamente erróneo.

Primero, una fracción significativa de la clase obrera se ha convertido en superflua y constituye una “población excedente absoluta” que probablemente nunca vuelva a encontrar trabajo. Sea como fuere, dado el aflojamiento del vínculo funcional entre la actividad macroeconómica y las condiciones sociales en los enclaves pobres de las metrópolis del Primer Mundo, y considerando los aumentos de productividad posibilitados por la automatización y la computación, ni siquiera índices milagrosos de crecimiento podrían reintegrar a la fuerza de trabajo a quienes han sido desproletarizados, es decir, duradera y forzosamente expulsados del mercado del trabajo asalariado para ser reemplazados por una combinación de máquinas, mano de obra inmigrante barata y trabajadores extranjeros.

Segundo, y más importante, el carácter mismo de la relación salarial cambió en las dos últimas décadas de una manera tal que ya no otorga una protección a toda prueba contra la amenaza de pobreza, ni siquiera a quienes están incluidos en ella. Con la expansión del trabajo temporario, de tiempo parcial y “flexible” –que acarrea menores beneficios–, la erosión de la protección sindical, la difusión de escalas remunerativas de dos niveles, el resurgimiento de talleres negreros, trabajo a

Autor. Loïc Wacquant

destajo y salarios de hambre, y la creciente privatización de bienes sociales como la cobertura de salud, el mismo contrato salarial se ha convertido en una fuente de fragmentación y precariedad, y no de homogeneidad y seguridad sociales para quienes están confinados en los segmentos periféricos de la esfera del empleo. En síntesis, mientras que antaño el crecimiento económico y la expansión correlativa del sector asalariado representaban la cura universal contra la pobreza, hoy son parte de la enfermedad.

3. Dinámica política: la reconstrucción de los Estados de Bienestar

La fragmentación y desocialización del movimiento obrero no son los únicos factores que alimentan el ascenso de la nueva pobreza urbana. En efecto, junto con las fuerzas del mercado, los Estados de Bienestar son grandes productores y modeladores de desigualdad y marginalidad urbanas. Los Estados no sólo despliegan programas y políticas destinados a “enjuagar” las consecuencias más evidentes de la pobreza y amortiguar (o no) su impacto social y espacial. También contribuyen a determinar quién queda relegado, cómo, dónde y durante cuánto tiempo.

Los Estados son grandes motores de estratificación por propio derecho; y en ningún lado lo son tanto como en la base del orden socioespacial: proporcionan o impiden el acceso a una escolarización y una formación laboral adecuadas; fijan las condiciones para ingresar en el mercado laboral y salir de él, a través de las normas administrativas atinentes a las contrataciones, los despidos y las jubilaciones; distribuyen (u omiten distribuir) bienes básicos de subsistencia, como la vivienda e ingresos complementarios; apoyan u obstaculizan activamente ciertos ordenamientos familiares y hogareños, y codeterminan tanto la intensidad material como la exclusividad y densidad geográficas de la miseria mediante una multitud de programas administrativos y fiscales.

El achicamiento y la desarticulación del Estado de Bienestar son dos de las grandes causas del deterioro y la indigencia sociales visibles en las metrópolis de las sociedades avanzadas. Esto es particularmente notorio en Estados Unidos, donde la población cubierta por los planes de seguridad social se redujo progresivamente durante dos décadas, en tanto que los programas dirigidos a los pobres fueron recortados y convertidos cada vez más en instrumentos de vigilancia y control. La reciente “reforma del bienestar social” urdida por el congreso republicano y transformada en ley por el presidente Clinton en el verano de 1996, es emblemática de esta lógica. La ley reemplaza el derecho a la ayuda pública por la obligación de trabajar, si es necesario en puestos inseguros y con salarios por debajo del promedio, y es aplicable a todas las personas sanas, incluidas las madres jóvenes con hijos a su cargo. Disminuye de manera drástica los fondos de asistencia y establece un tope para la cobertura de seguridad social que un individuo puede recibir en su vida. Por último, transfiere la responsabilidad administrativa del gobierno federal a los cincuenta estados y sus condados, con lo que agrava las desigualdades ya existentes en el acceso al bienestar y acelera la incipiente privatización de la política social.

Una lógica similar de recortes y traspasos presidió las modificaciones generales o graduales de los sistemas de transferencias sociales en el Reino Unido, Alemania, Italia y Francia. Aun Holanda y los países escandinavos implementaron medidas destinadas a reducir el acceso al sostén público y contener el crecimiento de los gastos sociales. El mantra de la “globalización” y las restricciones

Autor. Loïc Wacquant

fiscales impuestas por el Tratado de Maastricht sirvió en todas partes para justificar esas medidas y disculpar la desinversión social en antiguas zonas obreras extremadamente dependientes de la provisión estatal de bienes públicos. Las crecientes deficiencias de los programas nacionales de seguridad social indujeron a las autoridades regionales y locales a establecer, como meros parches, sus propios planes de asistencia (especialmente en respuesta a la falta de techo y la desocupación de larga data).

La irrelevancia del “Estado nacional” se ha convertido en un lugar común de la conversación intelectual en todo el mundo. Hoy está de moda lamentar la incapacidad de las instituciones políticas centrales para poner un freno a las cada vez mayores dislocaciones sociales resultantes de la reestructuración capitalista global. Pero grandes y duraderas discrepancias en la incidencia y persistencia de la pobreza, así como en los niveles de vida, la (in)movilidad y la distintividad espacial de los pobres urbanos en diferentes países, sugieren que las noticias sobre la defunción del Estado Nacional de Bienestar fueron sumamente exageradas. Hacia fines de la década de 1950, los programas impositivos y de transferencias elevaron a la mayoría de los hogares pobres casi hasta el nivel del ingreso medio nacional en Holanda (62 por ciento) y Francia (52 por ciento); en Alemania occidental, sólo un tercio de las familias pobres salió de esa situación gracias al apoyo gubernamental, y en Estados Unidos virtualmente ninguna. La indigencia extrema entre los niños fue eliminada en los países escandinavos, mientras que azota a uno de cada seis (y a uno de cada dos en el caso de los negros) en Estados Unidos.

Los Estados marcan efectivamente una diferencia; claro es cuando se preocupan por hacerlo. Por lo tanto, es imperativo volver a ponerlos en el epicentro de la sociología comparativa de la marginalidad como instituciones tanto generadoras como reparadoras.

4. Dinámica espacial: concentración y estigmatización

Durante las décadas de expansión industrial de la posguerra, por lo general la pobreza se distribuía en las metrópolis a través de los distritos obreros y tendía a afectar una sección transversal de trabajadores manuales y no calificados. En contraste, la nueva marginalidad muestra una tendencia distinta a conglomerarse y acumularse en áreas “irreductibles” y a las que “no se puede ir”, que son claramente identificadas -no menos por sus propios residentes que por las personas ajenas a ellas- como pozos urbanos infernales repletos de deprivación, inmoralidad y violencia donde sólo los parias de la sociedad tolerarían vivir.

Nantua en Filadelfia, Moss Side en Manchester, Gutleut-viertel en Hamburgo, Brixton en Londres, Nieuwe Westen en Rotterdam, Les Minguettes en los suburbios de Lyon y Bobigny en la periferia parisina: estos barrios en los que se atrinchera la miseria se han “ganado un nombre” como depósitos de todos los males urbanos de la época, lugares que hay que evitar, temer y desaprobado. Importa poco que los discursos de demonización referidos a ellos, que han brotado como hongos, sólo tengan tenues conexiones con la realidad de su vida cotidiana. Un penetrante estigma territorial recae firmemente sobre los residentes de esos barrios de exilio socioeconómico y suma su peso a la mala fama de la pobreza y el prejuicio renaciente contra las minorías etnoraciales y los inmigrantes.

Autor. Loïc Wacquant

Acompaña a la estigmatización territorial una pronunciada disminución del sentido de comunidad que solía caracterizar a las antiguas localidades obreras. En la actualidad, el barrio ya no representa un escudo contra las inseguridades y las presiones del mundo exterior, un paisaje familiar y reafirmante imbuido de significados y formas de mutualidad colectivos. Se convierte en un espacio vacío de competencia y conflicto, un campo de batalla lleno de peligros para la lid diaria de la supervivencia y la huida. Este debilitamiento de los lazos comunitarios con base territorial alimenta a su vez una retirada a la esfera del consumo privatizado y las estrategias de distanciamiento (“no soy uno de ellos”) que socavan aún más las solidaridades locales y confirman las percepciones despreciativas del barrio.

Debemos estar en guardia ante la posibilidad de que éste sea un fenómeno transicional (o cíclico) conducente en definitiva a la desconcentración o difusión espacial de la marginalidad urbana. Pero para quienes están en estos momentos confinados en el fondo del sistema jerárquico de lugares que componen el nuevo orden espacial de la ciudad, el futuro es hoy. De manera conexas, debe destacarse que esos barrios de relegación son criaturas de las políticas estatales en materia de vivienda, urbanismo y planificación regional. En el fondo, entonces, su surgimiento, consolidación y dispersión final son en esencia una cuestión política.

El Espectro De La Convergencia Transatlántica

Todo el mundo tiene presente una cuestión cuando se trata del deterioro de las condiciones sociales y las oportunidades de vida en las metrópolis del Viejo Mundo: ¿señala el ascenso de esta nueva marginalidad un acercamiento estructural entre Europa y Estados Unidos según el modelo de este último país? Planteada en términos tan simplistas —“o bien... o bien...”—, difícilmente pueda darse una respuesta analíticamente rigurosa a esta pregunta. En efecto, los regímenes de marginalidad urbana son bestias complejas y caprichosas; están compuestos por conjuntos imperfectamente articulados de mecanismos institucionales vinculantes de la economía, el Estado, el lugar y la sociedad que no evolucionan al unísono y, por otra parte, difieren de manera significativa de país en país, según las concepciones e instituciones nacionales de la ciudadanía. Por lo tanto, ante todo es necesario reformular este interrogante.

Si por convergencia entendemos la completa “norteamericanización” de los patrones urbanos de exclusión en la ciudad europea, que nos adentran en el camino de una guetificación del tipo impuesto a los afroamericanos desde que se urbanizaron a principios del siglo XX (es decir, la constitución de una formación socioespacial segmentada y paralela que cumple la doble finalidad de la explotación y el ostracismo de una categoría etnoracial limitada), entonces la respuesta es claramente negativa. En contra de las primeras impresiones y los informes superficiales y motorizados por los medios, la alteración de las metrópolis continentales no disparó un proceso de guetificación: no está produciendo conjuntos socioespaciales culturalmente uniformes basados en la relegación forzada de poblaciones estigmatizadas en enclaves donde éstas desarrollan organizaciones específicas del grupo y del lugar que sustituyen, y duplican el marco institucional de la sociedad más general, si bien en un nivel inferior e incompleto.

Autor. Loïc Wacquant

No hay un gueto turco en Berlín ni un gueto árabe en Marsella ni un gueto surinamés en Rotterdam ni un gueto caribeño en Liverpool. Si existen en todas estas ciudades sectores residenciales o comerciales alimentados por la afinidad étnica. La discriminación y la violencia contra los inmigrantes (o presuntos inmigrantes) también son datos concretos de la vida en todos los grandes centros urbanos de Europa. Combinado con su distribución de clase típicamente más baja y los mayores índices de desempleo, esto explica la representación desproporcionada de las poblaciones de origen extranjero en los territorios urbanos de exilio. Pero la discriminación e incluso la segregación no significan una guetificación. Tal como existen, esas concentraciones de inmigrantes no son el producto del encierro institucional del presunto grupo en un confinamiento espacial rígido; así lo demuestran los índices crecientes de matrimonios mixtos y la difusión espacial cuando mejoran la educación y la posición de clase. En rigor, si hay algo que caracteriza los barrios de relegación que brotaron en todo el continente cuando los mecanismos de reproducción de la clase obrera empezaron a sufrir tropiezos, es su extrema heterogeneidad étnica, así como su incapacidad de satisfacer las necesidades básicas y englobar la rutina diaria de sus habitantes, dos propiedades que los convierten en antiguetos.

Si la convergencia implica que los ciclos autoalimentadores de degradación ecológica, depravación social y violencia, que terminan en el vaciamiento espacial y el abandono institucional, están hoy vigentes en el continente, entonces la respuesta vuelve a ser negativa, porque las áreas europeas de exilio siguen estando, con pocas excepciones (como las ciudades del sur de Italia), profundamente penetradas por el Estado. El tipo de "trage" [selección] y deserción deliberada de las áreas urbanas para "economizar" en servicios públicos que ha afectado las metrópolis estadounidenses, es inimaginable en el contexto político europeo, con su denso monitoreo burocrático del territorio nacional. Al mismo tiempo, no puede haber dudas de que la capacidad de los Estados europeos de gobernar los territorios de relegación está sometida a una severa prueba, y tal vez demuestre no estar a la altura de la misión si recientes tendencias hacia la concentración espacial de la desocupación persistente continúan intactas.

Por último, si la convergencia pretende, más humildemente, destacar la preponderancia creciente de las divisiones y las tensiones etnoraciales en las metrópolis europeas, entonces la respuesta es un "sí" limitado y provisorio, aunque con las siguientes y sólidas salvedades. Primero, esto no implica necesariamente que esté en marcha un proceso de "racialización" del espacio y que las sociedades del Viejo Mundo sean testigos de la formación de "minorías", en el sentido de comunidades étnicas movilizadas y reconocidas como tales en la esfera pública. Segundo, el conflicto etnoracial no es un fenómeno novedoso en la ciudad europea: irrumpió repetidas veces en el siglo pasado durante períodos de rápida reestructuración social y económica, lo cual también significa que hay poco en él que sea distintivamente "norteamericano".

Para terminar, y en contra del patrón estadounidense, la contienda putativamente racial en las ciudades del Viejo Mundo no es alimentada por la brecha en aumento entre inmigrantes y nativos sino por su mayor cercanía en el espacio social y físico. El exclusivismo etnonacional es una reacción autóctona a la abrupta movilidad descendente de la clase obrera nativa, antes que la expresión de un profundo cambio ideológico hacia un registro racista (o racialista). No obstante fantásticos pronunciamientos generales sobre la "globalización de la raza", la creciente

Autor. Loïc Wacquant

preponderancia de la etnicidad en el discurso público y la vida cotidiana de Europa, corresponde tanto a una política de clase como a una política de identidad.

Enfrentar La Marginalidad Avanzada: El Turno Del Estado Penal

En su esfuerzo por abordar las formas emergentes de relegación urbana, los Estados-nación enfrentan una triple alternativa. La primera opción, a media agua, consiste en emparchar los programas existentes del Estado de Bienestar. Es evidente que esta alternativa es ineficaz; de lo contrario, los problemas planteados por la marginalidad avanzada no serían hoy tan acuciantes. Podríamos incluso aducir que esas respuestas graduales y cada vez más locales a las desorganizaciones causadas por la polarización urbana contribuyen a perpetuar ésta, en la medida en que alimentan la cacofonía e ineficiencia burocráticas.

La segunda solución, regresiva y represiva, es criminalizar la pobreza a través de la contención punitiva de los pobres en barrios cada vez más aislados y estigmatizados, por un lado, y en cárceles y prisiones, por el otro. Ese es el camino tomado por Estados Unidos tras los disturbios en los guetos en la década de 1960 (Rethman, 1995). No es fortuito que la formidable expansión del sector penitenciario del Estado norteamericano –la población entre rejas se cuadruplicó en veinticinco años y los departamentos penales ascendieron a la jerarquía de tercer empleador del país, pese a que en ese mismo periodo los niveles delictivos se mantuvieron, grosso modo, constantes– se haya producido al mismo tiempo que se difundía el (sub)empleo informal y la asistencia pública se marchitaba antes de su “reforma” y transformación en un sistema de empleo forzado. La atrofia del Estado social y la hipertrofia del Estado penal son, en efecto, dos transformaciones correlativas y complementarias que comparten el establecimiento de un nuevo gobierno de la miseria cuya función es, precisamente, imponer el trabajo asalariado desocializado como una norma de ciudadanía, a la vez que proporcionan un sustituto funcional del gueto como mecanismo de control racial (Wacquant, 1995).

Si bien Estados Unidos es verdaderamente excepcional por el celo con que adoptó esta “solución” de la polarización social y la escala en que la implementó, la tentación de apoyarse en la policía y las instituciones penitenciarias para restañar los efectos de la inseguridad social generada por la difusión del trabajo precario y la reducción de la cobertura de la seguridad social está presente en toda Europa. Esta situación puede advertirse en el espectacular aumento de los índices de encarcelamiento en la mayoría de los miembros de la Unión Europea durante las dos últimas décadas; la sobrerrepresentación masiva, dentro de las poblaciones encarceladas, de inmigrantes no europeos y personas de color, así como de vendedores de drogas ,y drogadictos rechazados del mercado laboral; el endurecimiento de las políticas penales, más francamente volcadas a la incapacitación en desmedro de la rehabilitación, y guiadas de manera tácita por el principio de la “menor elegibilidad”; por último, en la superpoblación de los establecimientos carcelarios, que reduce la prisión a la función de depósito de indeseables. Cambios recientes en los discursos públicos sobre el desorden urbano revelan una deriva similar hacia un tratamiento penal de la pobreza y las dislocaciones que, paradójicamente, surgen de haber truncado la capacidad de intervención social del Estado. Es lícito, entonces, pronosticar que una convergencia

Autor. Loïc Wacquant

“descendente” de Europa en el frente social, que entrañe una mayor desregulación del mercado laboral y prosiga con. El desmantelamiento de la red de seguridad colectiva, dará como resultado ineluctable una convergencia “ascendente” en el frente penal y un nuevo estallido de inflación carcelaria en todo el continente (Wacquant, 1999).

Pese a los abrumadores costos sociales y fiscales del confinamiento masivo de las poblaciones pobres y desorganizadoras, el encarcelamiento sigue siendo aun en las sociedades más liberales, una seductora solución temporal al crecimiento de las dislocaciones urbanas (Christie, 1997). Empero, al margen de los poderosos obstáculos políticos y culturales que enfrenta la carcelarización al por mayor de la miseria, inherentes a la composición de los Estados socialdemócratas de Europa, la contención punitiva deja intactas las causas que son la raíz de la nueva pobreza.

La tercera respuesta, progresista, a la polarización urbana desde abajo apunta a una reconstrucción fundamental del Estado de Bienestar que adapte su estructura y sus políticas a las condiciones económicas y sociales emergentes. Se necesitan innovaciones radicales, como el establecimiento de un salario de ciudadanía (o ingreso incondicional subsidiado), que separen la subsistencia y el trabajo, expandan el acceso a la educación a lo largo de toda la vida y garanticen efectivamente el acceso universal a bienes públicos esenciales como la vivienda, la salud y el transporte, a fin de difundir los derechos sociales y frenar los efectos deletéreos de la mutación del trabajo asalariado (Van Parijs, 1996). En definitiva, esta tercera opción es la única respuesta viable al desafío que la marginalidad avanzada plantea a las sociedades democráticas cuando éstas se aprestan a cruzar el umbral del nuevo milenio.

Referencias Bibliográficas

Björge, T. y R. White (comps.): *Racist Violence in Europe*, Nueva York; St Martins, 1993.

Carnoy, M. et al.: *The New Global Economy in the Information Age*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993.

Christie, N.: "Eléments de géographie pénale", en *Acres de la recherche en sciences sociales*, 124, septiembre de 1998, págs. 68-74.

Cross, M. (comp): *Ethnic, Minorities and Industrial Change in Europe and North America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

Damer, S.: *From Moorepark to "Wine Alley": The Rise and Fall of a Glasgow Housing Scheme*, Edimburgh, Edimburgh University Press, 1989.

Engbersen, G.: *In de schaduw van morgen. Stedelijke marginaliteit in Nederland*, Amsterdam, Boom, 1997.

Esping-Andersen, G. (comp.): *Changing Classes: Stratification and Mobility in Post-Industrial Societies*, Newbury Park, Sage, 1993.

Autor. Loïc Wacquant

European Economic Community: Underground Economy and Irregular Forms of Employment: Synthesis Report and Country Monographies, Bruselas, mimeo, 1989.

Hadjimichalis, C. y David Sadler (comps.): Europe at the Margins: New Mosaics of Inequality, Nueva York, Wiley and Sons, 1995.

Haüßerman, H., M. Kronauer, y W. Siebel (comps.): Die Neue Armut und Exklusion in der Stadt, Francfort, Suhrkamp, en prensa.

Kangas, O.: The Politics of Social Rights, Stockholm, Institute for Social Research, 1991.

Mabit, R. (comp.): Le travail dans vingt ans. Rapport de la Commission présidée par Jean Boissonnat, Paris, Odile Jacob, 1995.

Macdonald, C.L. y C. Sirianni (comps.): Working in the Service Economy, Filadelfia, Temple University Press, 1996.

Mcfate, K., R. Lawson, y W.J. Wilson (comps.): Poverty, Inequality, and Future of Social Policy Nueva York, Russell Sage Foundation, 1995.

Mingione, E. (comp.): Urban Poverty and the Underclass. Oxford, Basil Blackwel, 1996.

Mollenkopf, J.H. y M. Castells (comps): Dual City: Restructuring New York, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991.

Moore, R.: "Ethnic Division and Class in Weston Europe," en R. Scase (comp.), Industrial Societies: Crisis and Division in Western Capitalism and State Socialism, Londres, Allen and Unwin, 1989.

Musterd, S. (comp.): Special issue on "A Rising European Underclass?", en Built Environment, págs. 20-3, 1994.

Noiriel, G.: Le Creuser français, París, Editions du Seuil.

Rifkin, J.: The End of Work: The Decline of the Global Work Force